



La Soberbia

Muchas veces nos encontramos ante situaciones imprevistas que calibran nuestra resistencia espiritual al ataque, ese ataque que viene de los demás y que se cuele en nuestra trinchera, que la sorprende y la derriba. Esto, en lenguaje bélico, se llama golpe de mano.

Todos estamos protegidos, más o menos, por esa trinchera que hemos ido cavando, día tras día y siempre a tenor de cómo nos tratan los demás. Porque los demás llegan, apuntan con el fusil de su intransigencia y disparan sobre nosotros una ráfaga de balas que, si no nos matan en el sentido literal de la palabra, nos dejan, a veces, muy mal heridos. Estas heridas que no sangran nos dan una amargura tremenda, más que nada porque no esperábamos el tiro del agresor.

Y esto ocurre constantemente, pues la lucha por la existencia, que es tan dura para muchas personas, le empuja a disparar con balas llenas con la pólvora de la palabra, que a veces causan más estragos que las balas verdaderas. Dios nos libre de una palabra cargada de avaricia, de poder, de odio, y sobre todo de soberbia, que es uno de los pecados capitales más extendidos a lo largo y ancho de nuestra geografía.

La soberbia irrumpe y allana, tortura y decapita, miente y desmiente de una manera arbitraria y obcecada, dispuesta al perjurio, a la calumnia y al descrédito, antes de acordarse de esa contraportada tan evangélica y tan llena de mansedumbre que es la humildad. La humildad cede y concede, besa y abraza, acoge y recoge antes de ser motivo de discordia. Y esto es lo más grave de la humildad, va por la vida pidiendo perdón por haber nacido, sin hacer caso de unas virtudes que han conformado su espíritu y su manera de ver la vida. El humilde se pondría debajo de la bota del agresor para evitar la guerra y en ninguna de las circunstancias afines lucharía como soldado. Para él, las armas solamente son un exponente de soberbia.

Esta soberbia de la vida, de ser, de creerse, de situarse sobre tantas cosas que maculan el pensamiento, discurre por los campos ubérrimos, poco frenados, del motivo tonto, donde el soberbio se siente perjudicado. Casi todos los hombres, como seres humanos, se portan más o menos en circunstancias parecidas, luchan por cosas que les están siendo escamoteadas -dicen-, pero de una manera civilizada, sin exabruptos, tragándose su desencanto. El soberbio no, el soberbio ante todo eso explota.

Todos sabemos lo que es una explosión: arrasa, destruye, ciega, es la razón de la sinrazón. Hemos omnivariado el momento que puede ser precioso, esos momentos de la vida en los que el hombre se siente

protagonista de la belleza, de esa belleza que flota sobre tantas cosas que nos rodean: el pájaro, la hierba, el azul del cielo, el sol que se pone, el sonido de la lluvia en el tejado, la voz del silencio, cuando Dios habla a todos en el corazón, y sobre todo la paz que te rodea sin hacer caso de ella, que lo agiganta todo elevándolo a la categoría de sahumero.

La soberbia rompe vínculos sagrados, es madre y madrastra de multitud de situaciones que no llegaron a ser porque lo impidió este pecado que abre puertas por las que se escapan la razón y la misericordia. El soberbio no ve nada, ni siquiera su propia soberbia. Opera como impulsado por un resorte que desconoce, pero por el que se siente dañado en lo más íntimo de su ser: el amor propio.

La literatura se presta a todos estos recovecos del hombre, oscuros y sombríos, buscando ese punto de vista agradable apoyado en el virtuosismo de la palabra, pero la soberbia es el pecado más odiado por Dios. Dios se mete en el corazón del hombre y siente y comprende esa debilidad del borracho, que siempre huye de algo (el borracho, antes de convertirse en alcohólico, siempre quiere escapar a algo que le atormenta); del que no satisface nunca su libido si no es a causa de tantas caídas estériles; del que nunca tiene bastante, del erótico y del adúltero, todos estos vicios que llevan en sí una falsa justificación ante la sociedad, como no sea para quitarle «carne» a lo que él también hace, como náufrago en las mismas aguas. Nadie comprende a un ladrón mejor que otro ladrón.

La soberbia rara vez tiene justificación, pues se cimienta y apoya sobre su propia esterilidad.

SONETO

*No soy nada, Señor, ni nada espero.
Soy como el ascua que apagó sus flamas,
o como el árbol que secó sus ramas
y se queda muriendo en el otero.*

*Nada tengo de mí, porque mi fuero
se perdió entre batallas y oriflamas,
ardió sin fuego y se quemó sin llamas,
y a fuerza de querer, ya nada quiero.*

*Nada de mí revive, soy ausente,
y apoyado en tu brazo voy andando
como transcurre el agua bajo el puente.*

*Y no me siento sabio ni valiente,
y aunque a pesar de todo sigo amando,
nadie pone sus labios en mi frente.*

Antonio Iniesta